

XXXIX

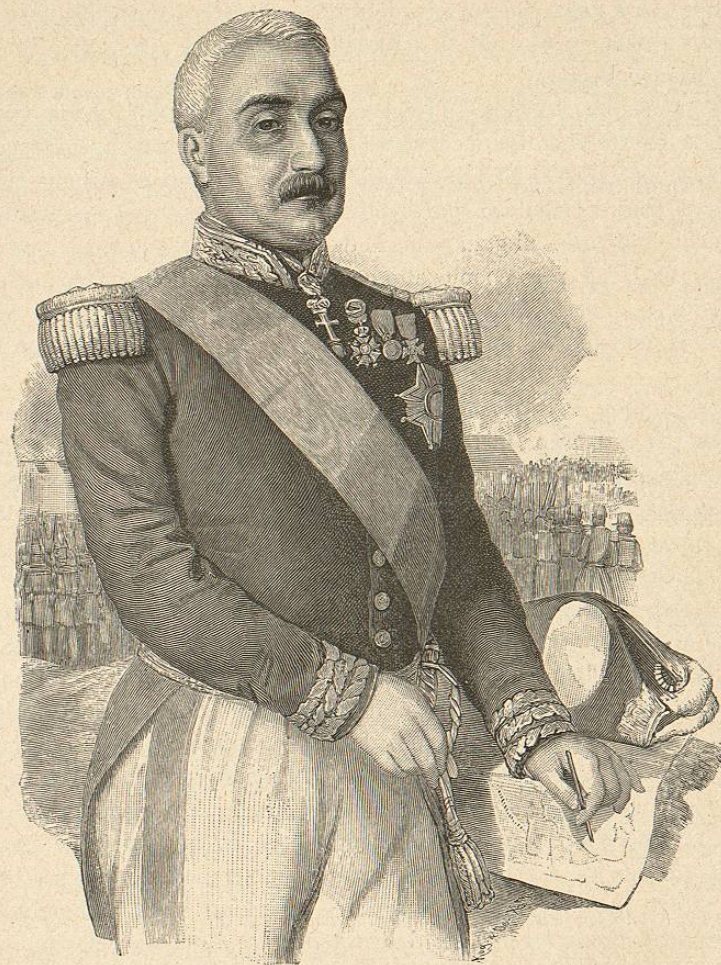
EL GENERAL PELISSIER

El general Pelissier, nacido el 6 de noviembre de 1794, tenía quince años más que el general Canrobert, y era un veterano á quien su edad, su carácter y sus servicios daban mucho prestigio. Había ingresado como subteniente en la guardia real el 18 de marzo de 1815, dos días antes del regreso de Napoleón á las Tullerías. Se distinguió en la guerra de España en 1823; en la expedición de Morea en 1828; mandaba el ala izquierda en la batalla de Isly en 1844; tomó una parte brillante en la campaña de Kabilia en 1852, y contribuyó por mucho á la toma de Laghuat. Al principio de la guerra de Crimea hallábase á la cabeza de la división de Orán, y entonces se le oyó pronunciar estas palabras proféticas: «No hay más que un hombre capaz de apoderarse de Sebastopol, y ese hombre soy yo.» Su reputación militar hizo que se le llamara al ejército de Oriente. Llegado á Crimea el 11 de febrero de 1855, tomó el mismo día el mando del primer cuerpo, y en 16 de mayo siguiente reemplazaba al general Canrobert como general en jefe.

La cualidad dominante del general Pelissier era la fuerza de voluntad; tenaz, absoluto, inflexible, duro para los demás como para sí mismo, iba derecho á su objeto, como un proyectil disparado al que nada detiene. Era un hombre de hierro, inexorable como el destino, y parecíale que en la guerra nada es más natural ni debe conmover menos que la efusión de sangre. Las personas que más le han conocido dicen que era bueno, pero que afectaba ocultar su bondad. En el lenguaje familiar de los campamentos, los soldados, que le temían, le respetaban y admiraban mucho más que le querían; llamábanle *Cabeza de hojalata*, así para caracterizar su voluntad tenaz é inflexible, como por alusión á sus cabellos blancos cortados al rape, que contrastaban con su moreno rostro.

El capitán Carlos Bocher escribía delante de Sebastopol el 1.º de junio de 1855: «El nuevo general en jefe no es el mismo hombre que su predecesor; tiene un carácter muy distinto, pero es un carácter firme..... Altivo, enérgico y resuelto, sabrá sacrificarlo todo para conseguir el triunfo, lo mismo su propia vida que la de sus soldados. Sumamente probo, no transigirá ni con sus opiniones ni con su conciencia; siempre va directamente á su objeto, y no se preocupa de los demás..... Despreciando por instinto á los que no aprecia, agrádale rodearse de personas distinguidas, como lo hacen todos los hombres escogidos.

En cuanto á talento tiene mucho, y es muy mordaz; á menudo ha abusado de esta cualidad con sus inferiores ó sus iguales, pero nunca por malignidad. Es un poco adusto, aunque también benéfico.» Si la mesa del general Pelissier estaba



El general Pelissier

mucho mejor servida que la de su predecesor, en cambio la conversación no era tan familiar ni tan libre. Comprendíase que se trataba con un jefe que no perdonaba nada. M. de la Gorce ha dicho: «Aquel que hubiera dado consejos sin temor al benévolo y leal Canrobert, no entraba sin zozobra en la tienda del nuevo general en jefe: oficiales de órdenes, ayudantes de campo, mensajeros llegados de París, nadie se libraba de esta inquietud saludable, y los más, en presen-

cia de un jefe tan duro, apenas osaban balbucear lo que habían meditado. El general en jefe se cuidaba poco de que aquel silencio fuese hijo del temor más bien que de la simpatía; bastábale que las lenguas estuvieran encadenadas, que se conservase la disciplina y que no se contrariaran sus proyectos.» Tal era el hombre que, á fuerza de energía, debía llevar á cabo la más difícil, la más peligrosa empresa, imponiendo su voluntad, no solamente á sus subordinados, sino á su mismo soberano.

El emperador, así como su representante el general Niel, quería, además del sitio, un desarrollo de las operaciones á larga distancia que permitiera el cerco de Sebastopol; pero el plan de Pelissier, por el contrario, se resumía en dos palabras: el sitio, y nada más que el sitio. Para este plan no se necesitaban combinaciones profundas ni gran esfuerzo de estrategia; no exigía más que perseverancia y tenacidad, pero en muy alto grado. El general no ignoraba qué enormes sacrificios, qué hecatombes ocasionaría su sistema; pero la efusión de sangre que había detenido á Canrobert no tenía nada que intimidase ó perturbara á su sucesor.

El 7 de junio Pelissier comenzó por una brillante victoria: el Mamelón Verde y las Obras Blancas fueron tomados; los rusos quedaron de este modo sin sus posiciones exteriores, y la defensa no tenía ya carácter agresivo. Esta victoria, que costó á los franceses cinco mil cuatrocientos cuarenta y tres hombres entre muertos y heridos, y á los ingleses de seiscientos á setecientos, enardeció á los aliados hasta el punto de intentar un asalto, lo cual era una gran imprudencia, pues las trincheras francesas se hallaban aún á más de cuatrocientos metros de Malakoff, y las inglesas á doscientos cincuenta del Gran Redán. El general Pelissier señaló la fecha del 18 de junio para dar el asalto, esperando que en este día una victoria atenuaría el recuerdo de un doloroso aniversario, el de Waterloo; pero ¡ay!, á cuarenta años de distancia, la fecha del 18 de junio debía ser aún fatal. A pesar de su heroísmo, los aliados cedieron al fin ante el terrible fuego cruzado de Malakoff y del Gran Redán. Los cazadores de infantería del 5.º batallón tuvieron un momento el pie en la primera de esas obras; pero diezmados por la artillería de los rusos, hubieron de retroceder. Los franceses habían perdido inútilmente tres mil trescientos veintiún hombres entre muertos y heridos, y los ingleses de mil quinientos á mil seiscientos.

El general Pelissier no trató de ocultar la extensión de este desastre y dirigió al ministro de la Guerra el telegrama siguiente, publicado en el *Moniteur* del 22 de junio: «El ataque del 18 de junio no ha tenido buen resultado, aunque nuestras tropas, mostrando gran arrojo, llegaron á poner en parte el pie en Malakoff. He debido mandar que volviesen á la paralela, y han efectuado el movimiento en buen orden sin ser molestadas. No me es posible precisar nuestras pérdidas.» Este lacónico parte produjo en Francia la más viva y penosa impresión. Casi al mismo tiempo se supo que el cólera, que había cesado durante el invierno en Crimea, reaparecía con una fuerza terrible. Los quince mil piamon-

teses que el gobierno del rey Víctor Manuel acababa de enviar para combatir con los aliados fueron los que más sufrieron por causa de la epidemia. Una de las víctimas fué el general en jefe del ejército inglés, que murió el 28 de junio, de la misma afección que el mariscal de Saint-Arnaud. Su ataúd, cubierto con la bandera inglesa, fué colocado sobre una cureña tirada por ocho caballos de artillería y conducido á bordo del buque *Canadá*, que lo transportó á Londres. Se honraba á este militar, gran señor, tan cortés, tan correcto y tan intrépido, que había perdido un brazo en Waterloo, distinguiéndose además por numerosos hechos de armas.

Tantos muertos, tantas calamidades y tan larga y cruel incertidumbre sobre el resultado que tendría la lucha, infundía tristeza hasta en las almas mejor templadas. El intrépido coronel Cler escribió: «Comenzamos á cansarnos de la necia guerra que nos obligan á sostener, y todos, generales, oficiales y soldados, quisiéramos que nuestra salud y nuestra sangre, que siempre sacrificamos con buena voluntad, fuesen útiles á la patria..... Solamente Dios sabe cómo acabará esta guerra.» No debía terminar, según una frase del general Bosquet (carta del 1.º de junio de 1855), «sino en un *día de rabia general*, en que se rompen hasta las murallas sirviéndose de la cabeza como de un ariete.»

Hasta los héroes de aquella lucha, verdaderamente épica, tenían el vago presentimiento de que los resultados, cualquiera que fuesen, no estarían jamás en proporción con los sacrificios. El general Bosquet expresaba en una carta del 10 de julio el sentimiento de que no se hubiera tratado de aprovechar la victoria del 7 de junio para hacer alguna insinuación pacífica. «Yo creo, escribí, que después de este feliz éxito, y en vista de la amenaza que resultaba para el sitiado, Rusia hubiera hecho proposiciones aceptables..... Era buena ocasión..... Seguramente había probabilidades para concluir con esta guerra, de la que Francia no recogerá más que un poco de gloria, pudiendo perder en cambio sus mejores soldados, y de consiguiente sus probabilidades de resistir algún día á una invasión ruso-alemana cuando se quede sola y abandonada de Inglaterra, cuyos intereses son ya tan diferentes de los nuestros á pesar de la alianza. ¡Pobre Francia! Siempre con la espada en la mano, batiéndose por Dios y por el derecho, y siempre sola al fin de las luchas, pagando los progresos del mundo civilizado con la más pura sangre y el último escudo de sus ahorros.»

Los torrentes de sangre derramada inquietaban á Napoleón III; la funesta jornada del 18 de junio le parecía como una justificación de sus ideas y una condena de las del general Pelissier, por lo cual resolvió, en 3 de julio, reemplazar á este jefe con el general Niel; mas el parte que le destituía fué enviado por el correo y no por telégrafo. El mariscal Vaillant y el general Fleury consiguieron que el emperador cambiara de resolución; el parte fué detenido en Marsella, y el general Pelissier conservó el mando, sin sospechar que había estado á punto de ser reemplazado.

Ya estaba echada la suerte. El emperador se abandonó á la fatalidad, renunciando á dar órdenes, ni aun consejos, y dejó al general Pelissier jugar á su antojo, sin ninguna intervención, una de las más terribles y aventuradas partidas que los anales militares de los pueblos nos recuerdan.

Lo que hacía más amarga y más dolorosa aún aquella formidable lucha era que entre los combatientes, sobre todo entre franceses y rusos, no mediaba ningún sentimiento de antipatía ó de rencor. La guerra se explica cuando el odio es el que ha puesto las armas en manos de los beligerantes, ó cuando obedecen á pasiones ó á intereses muy determinados. Si combaten para mantener ó conquistar su independencia, y hasta si tienen por objeto satisfacer codicias nacionales ó ensanchar el territorio de su país, las hostilidades se explican; pero no había nada de esto en la lucha entre Rusia y los aliados. Estos sabían muy bien que, aunque triunfasen, no conservarían ni la torre Malakoff ni las obras de que trataban de apoderarse con tal encarnizamiento, y que no tomarían tampoco la ciudad de Sebastopol sino para devolverla á los rusos. En el fondo todo se reducía, ya que no para los turcos, por lo menos para los franceses, ingleses y sardos, á combinaciones diplomáticas, cuestiones de influencia y de equilibrio europeo, cuya existencia no sospechaban siquiera los más de los combatientes.

Cosa extraña: á los franceses les eran más simpáticos los rusos, sus enemigos, que los ingleses, sus aliados. Véase lo que dice el general Fay sobre un armisticio que se acordó para enterrar á los muertos. «Los oficiales rusos y franceses, dice, se situaron unos delante de otros á media distancia de las obras, mientras que brigadas de soldados recogían los heridos y los muertos de cada parte. Durante esta triste operación los oficiales de ambas naciones hablaban amistosamente; uno de los nuestros, galante caballero, encargado á petición suya de las funciones de ayudante mayor de trinchera, cumplimentaba á un príncipe ruso por la frescura de sus guantes y preguntábale si era linda la guantera de Sebastopol. Otros hablaban de París, del placer que les causaría encontrarse otra vez después de la paz, y entretanto se cambiaban cigarros de una y otra parte. Terminada la fúnebre tarea, todos se estrechan la mano antes de volver á ser enemigos, y dada la señal, cada uno se apresura á regresar á sus líneas.... Apenas desaparece la bandera parlamentaria, ya están los hombres en sus emboscadas, con el fusil preparado y acechando la primera cabeza que se deje ver por encima del parapeto, á la cual apuntarán, á riesgo de matar tal vez al mismo á quien acaban de dar la mano y del que se han separado con la sonrisa de adiós en los labios.»

Otro combatiente, M. Carlos Bocher, nos da en una carta, fechada el 18 de junio de 1855, varios detalles no menos significativos sobre la simpatía que se manifiestan mutuamente los franceses y los rusos hasta en medio de tan espantosas matanzas. «Al día siguiente del combate del Mamelón Verde, dice, me hallaba yo presenciando la operación de levantar los muertos. Los oficiales ru-

sos se mostraron muy atentos y corteses, y observé entre ellos á uno de los ayudantes de campo del general Luders, quien nos manifestó el deseo de que concluyera pronto aquella guerra para no tratarnos ya como enemigos. Después nos dimos cita en París para el invierno siguiente. En esto llegaron unos oficiales ingleses, como curiosos, pues nada tenían que hacer allí; los rusos se callaron; pero uno de aquéllos habló de la próxima toma de Malakoff. Un oficial ruso, volviéndose de pronto, replicó: «Los franceses podrán tal vez hacerse dueños de la posición; pero vosotros, jamás.» Debe notarse que no hay ninguna animosidad entre nosotros y los rusos, y que nos inspiran más simpatía nuestros enemigos que nuestros aliados. Esto consiste en muchas cosas; pero siempre sucede así cuando no se obtiene buen éxito en una empresa común, y hasta se culpa á los mejores amigos.» M. Bocher añadía que los oficiales rusos prisioneros cuando el combate de Mamelón Verde fueron invitados á las diferentes mesas de los oficiales franceses, y que al ver la cordialidad que reinaba en aquellas reuniones y el deseo de los nuestros de mostrarse complacientes con los extranjeros, nadie hubiera sospechado que estuvieran en guerra. Y terminaba con esta reflexión profética: «Nada prueba mejor los sentimientos de simpatía que reinan entre los dos pueblos. Hoy aprender á estimarnos para convenirse y entenderse sobre las cuestiones que el porvenir nos reserva.»

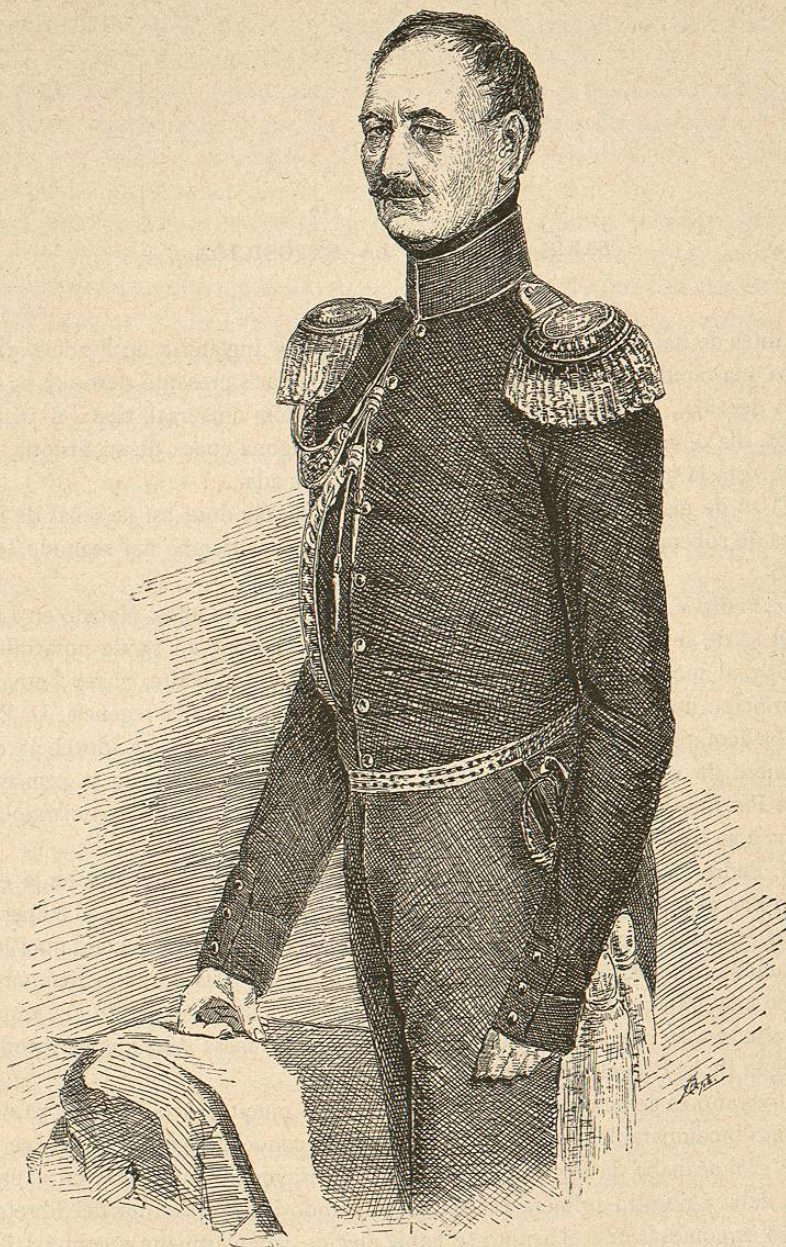
Existe en Crimea, cerca de Balaclava, á orillas del mar, un monasterio venerado, el monasterio de San Jorge. Desde su llegada á la meseta del Quersoneo los franceses enviaron allí un escuadrón de spahis para proteger aquel santuario, y más tarde hicieron distribuciones regulares de víveres desde el día en que las provisiones de los monjes comenzaron á faltar. Cierta día el general Canrobert y Omer-Bajá se presentaron de improviso en el monasterio de San Jorge para almorzar, y antes de sentarse á la mesa asistieron en la capilla á las oraciones cantadas por el archimandrita y los monjes, por la gloria del tsar y el triunfo de sus armas, mientras que los cañones de los aliados tronaban contra Sebastopol. Era domingo, y por la mañana los franceses habían asistido á la misa dicha en los campamentos. ¡Ay!, ¿por qué el dios de los ejércitos, invocado de una y otra parte, no ponía término á aquella lucha fratricida entre naciones cristianas á las que el respeto de la cruz debería unir siempre?

París, embriagado con sus placeres y sus fiestas, pensaba poco en Crimea y en los pobres soldados que combatían y morían con tanto heroísmo y resignación. En medio de las más crueles pruebas, éstos conservaban su animación y hasta su alegría. Los individuos del 2.º de zuavos habían construido en su campamento un teatrillo, que se llamó del Molino, y allí se representaban piezas cómicas, en las que los imberbes, ó los menos barbudos, desempeñaban los papeles de mujer, con vestidos prestados por las cantineras. Dejemos la palabra á un espectador, el general Fay: «El domingo, 10 de junio, debía haber representación. Los programas se habían litografiado el 6, y ya se iban á distribuir en los diversos cuerpos, cuando se tuvo noticia en los campamentos de los grandes

proyectos hechos para el día siguiente. La suspensión era inevitable, y forzoso fué que los actores cambiaran de trajes y de papeles. Las *damas jóvenes* del teatro del Molino debieron dejar sus sayas prestadas para empuñar el fusil, y el fuego respetó tan poco á los artistas como á sus admiradores. Dos días después, el programa que no se había tenido tiempo de realizar recorrió los campamentos; le tengo á la vista, y confieso que nunca puedo mirarle sin profunda emoción, porque detrás de esas comedias hay todo un drama. Este programa, raspado en varios sitios, porque se habían debido cambiar algunas piezas, comienza así: «Lunes 11 de junio de 1855. — A beneficio de los heridos del 7 al 8 de junio. — Representación extraordinaria.» Después siguen estas sencillas y conmovedoras líneas: «Habiendo muerto dos aficionados y hallándose otros heridos, se ha hecho necesario cambiar la función que se trataba de representar.»

El desastre del 18 de junio y los estragos del cólera produjeron durante algunos días gran tristeza en los campamentos de los aliados; pero no se tardó en recobrar la animación y la confianza. La desaparición completa de la epidemia, aunque poco á poco; lo apacible de la estación y la continua llegada de refuerzos levantaron la moral de las tropas. El 16 de agosto los rusos intentaron una diversión que no les dió buen resultado: bajaron al valle del Tchernaiá, y rechazados por las divisiones Camou, Faucheux y Herbillón, perdieron ocho mil hombres en la jornada, que tomó el nombre de batalla de Traktir. Allí fué donde los sardos recibieron noblemente el bautismo de fuego junto á los franceses. Habían combatido por la Italia futura.

De una parte y otra presentábase que estaba próximo el momento de una espantosa carnicería. El príncipe Miguel Gortchakoff, que desde el mes de marzo había reemplazado al príncipe Menchikoff como general en jefe del ejército ruso, se preparaba á defender Sebastopol con suprema energía. Las paralelas de los aliados estaban tan cerca de la ciudad, que los sitiadores y los sitiados se tocaban casi y hubieran podido interpelarse. Los franceses, hasta los más intrépidos, se preguntaban si, á pesar de los prodigios de heroísmo, triunfarían en el formidable asalto, cuya hora iba á sonar muy pronto; y los ingleses, á despecho de su admirable tenacidad, se dirigían la misma pregunta. En los campamentos circulaba el rumor de que los rusos habían minado todas las obras y que, en el caso de verse obligados á evacuarlas, se proponían volarlas con las tropas enemigas, las cuales no serían dueñas sino momentáneamente de la posición conquistada. La victoria, pues, podía ser para ellas tan lúgubre como una derrota. He aquí las reflexiones que se hacían los combatientes de Crimea en el momento mismo en que la reina de Inglaterra llegaba á París y era acogida con magníficas fiestas.



El príncipe Miguel Gortchakoff